

Callejón del Gato

Yo socarrón, yo poetón ya viejo

José Ramón Enríquez

Hace poco más de 400 años, en su *Viaje del Parnaso*, un antiguo soldado que combatió en Lepanto hablaba de sí mismo como “yo socarrón, yo poetón ya viejo”. Al bueno de Cervantes nunca le reconocieron sus trabajos de guerra ni con un maravedí partido a la mitad. Sin embargo, había comenzado su carrera por las bellas letras con los mejores auspicios: Juan López de Hoyos, humanista, erasmista y párroco de San Andrés, quien pasaría a la historia como su único maestro e impulsor, lo había llamado “Nuestro caro y amado discípulo”. De ahí en adelante problemas con la justicia, fugas novelescas (y noveladas en la modernidad), una batalla bajo las órdenes de don Juan de Austria, un enigmático cautiverio como esclavo en Argel y el desprecio al volver a la patria, hasta prácticamente la vejez de un “yo socarrón, poetón ya viejo” que bordaba febrilmente *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, para ganarle tiempo a la muerte. A este bordado precioso estaba entregado de noche y de día, a pesar de las enfermedades finales, hace precisamente 400 años.

Por eso, si algún fantasma tiene todo el derecho para acompañar y estimular al desgraciado poeta Max Estrella por su viaje madrileño entre *Luces de Bohemia* es el desgraciado poeta Miguel de Cervantes. Parece mentira que quien se ha vuelto el centro mismo de la literatura en nuestra lengua haya sido, en realidad, un marginal, como lo fueron Max Estrella y Alejandro Sawa.

Ya mayor supo que se había convertido en lo que hoy llamamos un *best-seller*, pero no creo que sospechara siquiera el lugar que habría de ocupar en el canon, a pesar de que jamás dudó de sus valores.

Sufrió la antipatía de quien él mismo llamara *Fénix de los Ingenios*, Lope de Vega, quien a las burlas veras lo zahirió con la rabia que usara Quevedo contra Góngora, y así de inútilmente. Surgido de la pluma del propio Lope o de alguno de sus compinches, que él tenía tantos como Cervantes pocos, un soneto “de una violencia y una grosería sin precedentes”, en opinión de Canavaggio, lo define como marica, haciendo referencia al culo, y como judío, haciendo referencia al cerdo, con la intención de bien clavar en su cabeza la corona de espinas de los dos tercetos finales: “Honra a Lope, potrilla, o ¡guay de ti!, / que es sol, y si se enoja lloverá. / Y ese tu Don Quijote baladí / de culo en culo por el mundo va, / vendiendo especias y azafrán romí / y, al fin, en muladares parará”.

Ahora lo veo reflejado en mis propios espejos no sólo cóncavos sino múltiples jugando a especular con incesto y travestismo, seguro de que la muerte le respira al oído, inmisericorde. Lo veo jugar con la belleza de los efebos de la cual es el gran pintor en prosa (Caravaggio pudo haber pintado al Andresito flagelado “desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años” del primer encuentro de Don Quijote “cuando salió de la venta”) y corretear con sus propias hermanas mientras se intercambian de vestido.



Cervantes en un retrato de Juan de Jáuregui

Quizá Cervantes mete por obligación ante los inquisidores el *deux ex machina* que nos explica que no son hermanos Periandro y Auristela, cuyas aventuras y apasionado amor, castísimo eso sí, hemos acompañado de la última Thule a la Roma eterna.

Podemos ir al Heliodoro o al Aquiles Tacio de la novela bizantina pero también puedo recordar al Príncipe Valiente que dibujara Hal Foster y encarnara en mi infancia, cuerpo y belleza enteros, en Robert Wagner de la cinta de 1954. El “yo socarrón, poetón ya viejo” se divertiría más imaginando al Príncipe de Thule de flequillo oscuro y en *cinemascope* mientras yo le releo sus propias líneas, insaciables, con las que arranca el *Persiles*:

Sacaron, asido fuertemente, a un mancebo, al parecer de hasta diecinueve o veinte años... hermoso sobre todo encarecimiento... le sacudieron los cabellos que, como infinitos anillos de puro oro, la cabeza le cubrían; limpiáronle el rostro, que cubierto de polvo tenía, y descubrió una tan maravillosa hermosura que suspendió y enterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le llevaban.

En el terceto siguiente al de “Yo socarrón”, Cervantes da una nota confesional: “suele el disimulo a veces / servir de aumento a las demás virtudes”. Pero en uno de los últimos capítulos del *Persiles* está la clave para todos los enigmas de un genio que se adelantó a su tiempo, y lo sabía: “Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos líneas concurrentes que, aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro...” **U**